

# LOS NUEVOS HUSCRES

Nicolás Vial



AUREA  
EDICIONES

© Los Nuevos Húsares.

Sello: VOX

Primera edición: Junio 2021

© Nicolás Vial

Edición general: Martín Muñoz Kaiser

Ilustración de portada: José Canales

Diseño de Título: Cesar Katny

Corrección de textos: Felipe Reyes

Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones

[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)

@aureaediciones1

[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)

Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-66-7

Registro de Propiedad Intelectual N°: A-295404

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor o el editor.

Todos los derechos reservados.

Terrorismo no es activar una bomba o quemar una micro.  
Terrorismo es obligarnos a vivir como vivimos.

*Este es un libro de ficción basado en un universo paralelo.  
Bajo ningún contexto este libro quiere hacer referencia al buen  
actuar de la política chilena ni al excelente desempeño de sus  
instituciones.*

*Si se ofende con su contenido, debo recordar que esto es tinta  
vertida sobre papel. Lo que generen las siguientes letras en su  
cabeza es imaginación suya y entender eso es increíblemente  
hermoso.*

*Mejor oféndase con lo que ve fuera de estas líneas, en la vida  
diaria.*

# Prólogo

Seis individuos nerviosos se miraban las caras en una pequeña sala de estar. Vestían similar. Zapatos y pantalones negros, poleras blancas y unas vistosas chaquetas negras con botones dorados. Tenían a medio poner unos pasamontañas negros. Esperaban una señal. Una señal que aún no llegaba.

Esa mañana, La Moneda tenía ese zumbido especial, típico de período de elecciones. Secretarías corrían con cerros de carpetas en cada mano esperando que alguien las recibiera. Los ministros hablaban en un volumen más alto de lo habitual, en las últimas encuestas el Gobierno iba a la baja y veían sus puestos amenazados por la inminencia de un nuevo cambio de gabinete. Nunca un Gobierno tuvo tan baja aprobación. Centenares de marchas se sucedían todos los días en los noticiarios. Escolares, profesores, doctores, choferes de la locomoción colectiva, pescadores... La opinión pública sentía y entendía que los grupos políticos, de izquierda y derecha, se estaban llenando los bolsillos, tratando de tapar inútilmente su evidente corrupción con dichos cruzados y peleas irrelevantes.

El presidente de la república, don Sebastián Domínguez-Correa, era el principal blanco de las críticas. Tipo parco, carente de empatía y con nulos conocimientos de las necesidades básicas del pueblo. El costo de la vida subía día a día y él seguía pendiente de sus acciones en la bolsa de valores. Esa mañana citó a una reunión de comité de expertos en pro de una solución rápida a las revueltas populares.

Mientras, los individuos seguían nerviosos. El mayor, un hombre sobre los cincuenta años, de barba y un par de cicatrices combativas, como decía él, miraba pensativo por una de las ventanas que daba a la salida de la Plaza de la Constitución. Algunos segundos pasaron y la señal llegó. El radio que colgaba de su pantalón emitió un extraño sonido. Los otros cinco se dieron vuelta. Una mujer, delgada y ágil para su edad, se acercó y se aferró a su hombro.

—Jefe —susurró la fémina acercándosele—. Rodríguez está listo.

El hombre la tomó por la muñeca y la apartó hacia un lado.

—Lo sé.

Sacó su radio del pantalón y respondió.

—Aquí O'Higgins. ¿Con quién hablo? —El hombre sabía la respuesta pero quería asegurarse.

—Domeyko —una voz joven respondió, se notaba agitada

—¿Todo preparado? —preguntó O'Higgins.

—Sí —la respuesta demoró en llegar—. Rodríguez hizo las últimas instalaciones, jefe. Este plan no debería fallar.

—Tienen cinco minutos para salir —señaló O'Higgins—. Espérennos en CASA 02.

—Entendido —respondió el joven y se cortó la comunicación.

O'Higgins miró al resto. Se venía un momento clave. El éxito del plan dependía de una ejecución perfecta, pero sabía que contaba con un equipo cien por ciento comprometido con la causa. Eso lo alivió. Tomó aire y dijo:

—Muchachos. Este país cambiará de forma radical después de este día... Somos la bandera de lucha, la que flamea, la que se quema y se repone... El poder no tiene poder a menos que el pueblo quiera... Y el pueblo somos nosotros... En la próxima hora, viviremos otro Chile, el Chile que nos deben —pausa—. ¡El poder de un país lo debe tener el pueblo! —gritó arengando a sus compañeros aunque contenido para no agitar las aguas del Palacio. Una sonrisa salió de su cara mientras se ponía el pasamontañas.

El resto hizo lo mismo. Un hombre bajo, de aspecto gruñón, pelo desaliñado y mirada penetrante se demoró un poco. Sacó una pistola de la parte trasera de su pantalón, colocó el cargador y le quitó el seguro.

—No hagas tanto ruido, Carrera —señaló O'Higgins—, estas paredes hablan.

Carrera asintió con la cabeza y se colocó el pasamontañas. El líder la banda dio la orden. Abrieron de par en par las puertas del salón Independencia del Palacio de la Moneda.

Carrera y otro hombre redujeron a un par de carabineros que estaban en el interior.

El Presidente de la República dio un alarido de incredulidad, mientras veía cómo un grupo de encapuchados ingresaban al histórico salón. Un tercer carabinero colocó la mano en su pantalón buscando su revólver de servicio cuando O'Higgins le puso un disparo en el cuello. El policía cayó desan-

grándose al lado del vicepresidente de la república, que no entendía qué cresta estaba pasando.

Esto ya no era un juego. O'Higgins hizo una seña a un individuo que andaba detrás de él. Éste se acercó a los dos carabineros reducidos y los noqueó con la base de su calibre 22. El comité de asesores, incluyendo el Presidente de la República, quedaron paralizados.

—¡Quién mierda son ustedes! ¡Qué creen que están haciendo!

O'Higgins hizo una seña de silencio con el dedo y susurró:

—Cállate hijo de puta. Ahora nos toca hablar a nosotros.

El líder de la banda se dio cuenta que en la sala habían varias caras conocidas, pero no recordaba sus nombres.

—Portales —dijo O'Higgins, sin dirigirse a nadie—, dime quiénes son estos nefastos.

Portales, alto y flaco, se mantuvo siempre detrás de la acción.

—El hombre que está inmediatamente a tu izquierda, es el presidente de la asociación de Isapres, señor Solar. Al lado de él, está el presidente de la asociación de AFP, el PPPD Elías Vergara. A su izquierda está el asesor financiero del Banco Central, señor Sañul y al otro lado de la mesa está el Presidente, el vicepresidente y los ministros de Economía y Hacienda —concluyó Portales con un toque de elegancia.

O'Higgins miró a Portales con un gesto de aprobación.

—Mejor de lo planeado.

Empezó a caminar recorriendo el largo salón Independencia y sus antiguas sillas de roble del siglo XIX, esas donde se sentaran Montt, Balmaceda y una larga lista de presidentes y figuras históricas de nuestro país. En uno de sus costados estaba el balcón solemne de La Moneda, donde los mandatarios, figuras públicas, deportistas y personas afines salen a saludar. Hoy no habría ningún tipo de saludo.

—El león cuando nace, no tiene el poder necesario para comer ni moverse. Durante uno o dos meses, depende irremediamente de su manada. Leones más viejos, sabios y poderosos lo van alimentando día a día, mientras el pequeño va afilando sus garras y colmillos. Esa historia se está desarrollando frente a nuestras narices. Uno o dos meses del león se han convertido en treinta o cuarenta años para este pueblo. El poder de este país lo tienen los grandes grupos

económicos, leones hambrientos, que veo están bien representados en esta mesa —decía O'Higgins caminando por el salón—. Las AFP nos roban nuestras jubilaciones, nos dan una miseria y se enriquecen día tras día. Las Isapres suben sus planes, generando el sistema de salud más caro de América. Las farmacias están coludidas, cobrando hasta 900% más de lo que vale un medicamento. ¿Ustedes creen que eso es justo? —preguntaba O'Higgins mientras se paseaba—. ¡No poh' mierda! —el silencio en la sala era sepulcral—. ¡No los entiendo! ¡Ya lo tienen todo! Consiguieron mantener una Constitución ilegal tras veinte y cinco años de democracia. Se quedaron con el negocio de la salud. Se quedaron con el negocio de la educación. Se quedaron con el negocio de las jubilaciones. Incluso, la justicia la tienen en la mano. Sus crímenes quedan impunes y, a lo más, si el descalabro es muy grosero, los mandan a sus tiernas cárceles especiales. Se repartieron el mar como quisieron. Las autopistas, vendieron el litio a precio de huevo y así. ¿Qué más quieren? ¿Quieren que los aplaudamos también? —Tomó un poco de aire. Se le arremolinaban las palabras en la cabeza. Tenía mucho que decir—. En este país ustedes hacen y deshacen, a tal punto, que construyeron su propia torre de consumo para controlarlo todo —O'Higgins se sentó en una de las butacas vacías en el costado superior de la mesa y se sirvió un poco de agua en uno de los vasos que quedaban disponibles—. Su amiguito Polman lo entendió muy bien ¿no? mire... —dirigiéndose al Presidente. Sacó su billetera y dejó caer un par de tarjetas—, aquí tengo el Costanera Center, en mi billetera y acá también.

En un movimiento rápido, sacó un pequeño control remoto del bolsillo izquierdo de su pantalón y apuntó hacia uno de los televisores del salón. Una cámara tambaleándose mostraba el Costanera Center a lo lejos. Alto, resplandeciente. El sol nunca brilló tanto sobre sus gruesos vidrios.

—En este país el Costanera Center es el símbolo tangible de la riqueza de unos pocos —dijo la mujer al lado de O'Higgins. Se acercó sacando un detonador de su peto. Comenzó a hablar mientras mira a sus compañeros—. Una eternidad esperé este instante.

La fémina apretó uno de los grandes botones del detonador y una estruendosa explosión se escuchó a lo lejos. Por la ventana poniente del Salón Independencia se vio una co-



lumna de humo emanar desde la salida más atochada de la capital. Por uno de los televisores del salón del Palacio de la Moneda, se mostraba cómo los pilares del Costanera Center caían derrumbados, uno por uno, y el edificio colapsando de apoco.

Hace tres años se presentaba con bombos y platillos el nuevo mall capitalino por todos los medios de comunicación. Ahora solo quedaban escombros. La cordillera de los Andes, escondida tras la torre de fierro, ahora se asomaba imponente, pidiendo permiso al país para mostrar su majestuosa cubierta de nieve.

El Costanera Center ha caído.

—No se preocupen por la gente —dijo O'Higgins leyendo las caras de estupefacción de los presentes—. El mall fue desalojado minutos antes.

Las autoridades miraban la escena con estupor. El silencio se prolongó. Uno de los carabineros agarró una de las pistolas que tenía colgando de su cinturón. El hombre que estaba junto a Carrera le colocó un balazo en la nuca matándolo al instante. Hizo lo mismo con el otro policía. Ambos cuerpos esparcieron de sangre las murallas del histórico lugar y los finos trajes de los integrantes del comité.

—Bien hecho, hermano —masculló Carrera.

—¿Qué mierda quieren? —exclamó el Presidente de la República soltó un chillido de pánico al tiempo que soltaba sus esfínteres—. ¡Díganme! ¿Dinero? Porque dinero tengo... o busquemos justicia de otra forma.

O'Higgins miró al resto antes de hablar:

—¿Cree que Chile es justo? ¡Esto es justo!

Desenfundó su revólver y le puso un balazo en el pecho al ministro que estaba sentado al lado de la primera autoridad. El hombre cayó de la silla con un agujero en uno de sus pulmones del cual comenzó a borbotear sangre a raudales. El Presidente de la República intentó escapar. El hombre denominado Carrera, lo detuvo de un brazo y lo volvió a sentar en su silla.

—Se meó el maricón —dijo entre dientes Carrera.

—Como las AFP nos roban, las castigaremos —dijo O'Higgins, sin hacer caso al hedor. Se acercó a Portales y preguntó—: ¿Cuántas ganancias obtuvieron estos hijos de puta este año?

—132 mil millones de pesos —recitó Portales.

O'Higgins movió la cabeza en señal de asentimiento. Levantó su revólver y disparó en la frente al representante de las AFP, entremedio de sus ojos que quedaron abiertos para siempre. La sangre comenzó a caer por su vestón y goteó al piso. Los otros dos hombres sentados en la mesa temblaban. O'Higgins apuntó hacia el señor Solar, presidente de la asociación de Isapres, hiriéndolo con dos balazos en la espalda. El otro hombre alcanzó a salir del salón Independencia pero afuera lo esperaba un hombre grande, musculoso, también con pasamontañas, que lo apuñaló en el pecho.

—Esto que ve acá, señor Presidente, no lo logró nunca —continuó O'Higgins apuntando a sus compañeros—. La unión del pueblo, ni una marcha masiva. Liberar al país, no solo de las AFP, Isapres o bancos, sino también de usted.

Con la culata de su pistola la mujer noqueó al Presidente, que cayó inconsciente al piso.

Fuera del salón Independencia se comenzaban a escuchar órdenes en respuesta a la llegada de la fuerza policial. O'Higgins miró el cuerpo exangüe del Presidente de la República.

—Les dimos vuelta el naípe a estos bastardos. Los comodines, por primera vez en la historia de Chile, los tenemos nosotros.

Dejó caer un papel sobre la amplia mesa. Tenía escrita una frase con plumón negro: LOS NUEVOS HÚSARES HAN LLEGADO.

# Tomo 1

—Los acá presentes tenemos algo en común —recitó el flaco Cárdenas, mientras se acomodaba en el duro asiento de “El rincón de los canallas”, clásica picada del centro de la capital—. Ese descontento metido hasta las entrañas. Y puta que hace falta sacarlo. Las miradas de algunos se cruzaban con las de otros, y es que aún no se conocían bien—. Pa’ armar una revolución, necesitamos guerreros —gritó Cárdenas, a la vez que golpeaba la mesa de la fuente de Soda. La taza de café del hombre de al lado se tambaleó—. Hombres y mujeres de fe que estén dispuestos a dar la vida por los derechos de cada ciudadano de este país.

—¡Zi señor! —repitió con claro seseo un hombre joven y gordo sentado al costado.

Una mujer con un largo vestido rojo sacó un cigarro de una cajetilla que había sobre la mesa, se paró y caminó hacia la salida.

—¡Hey! ¡Para dónde crees que vas! —rugió uno de los tipos que estaban sentados en la mesa.

La mujer siguió caminando y sin dar la vuelta, respondió: —Sigán con su reunión escolar de mierda.

El flaco Cárdenas, hizo el ademán de pararse, pero fue detenido por los compañeros a su alrededor.

—¡Vanessa! —gritó un tipo bajo, sentado en una de las puntas de la mesa—. ¡Qué mierda estai’ haciendo! —su rostro se desfiguraba a medida que salían las palabras de su boca—. ¡Si cruzas esa puta puerta, no vuelvas a venir, ni harte llamar una Húsar! Nunca, pero nunca en tu bastarda vida volverás a tener la dignidad y valentía que tuviste hasta ahora.

Silencio incómodo. La fuente de soda se encontraba vacía, salvo por los Húsares presentes. El reloj marcaba casi las dos de la mañana de la noche anterior a uno de los momentos más icónicos y trascendentales en la historia reciente del país. El flaco Cárdenas no podía entender dónde carajo estaba el resto de sus compañeros; por qué Vanessa estaba teniendo esa actitud y por qué el resto miraba la situación con tanta indiferencia. Más que mal, ella era uno de ellos. Y a un compañero nunca se le deja solo. Uno de los hombres que estaba sentado, se puso de pie.

—Nunca pensé que arrancarías como una rata, Vanessa.

Vanessa, alias “Paula Jaraquemada”, se detuvo de golpe. Su vestido se seguía moviendo, cuando sus furibundas piernas abandonaron las zancadas. El hombre continuó:

—¿Cómo vamos a sacar adelante este país cuando ni nosotros mismos podemos ponernos de acuerdo? —miró al pelao Cárdenas, y lanzó una bofetada al viento—. Personalmente, fui uno de los propulsores de la formación de este equipo. Yo, bajo mis propios conocimientos y presupuestos, convoqué a más de la mitad de los hombres que están acá y no permitiré que un capricho derrumbe este castillo de ideales que día a día vamos construyendo y que tanto nos ha costado levantar.

Vanessa se dio vuelta y lo quedó mirando fijo.

—¡Estoy cansada de tanto blablá y poca acción! —exclamó molesta, mientras algunas sombras se cernían sobre la puerta de entrada.

—¿Quieres acción, Vanessa? —dijo un hombre mayor, con voz de claro liderazgo—. Entonces tú serás la líder conmigo de la misión “Palacio” —el pelao Cárdenas apretó el puño y el resto de los hombres sentados se miró con emoción—. ¡Nos queda poco tiempo! En unas horas más ingresamos a La Moneda.

## Tomo 2

“Interrumpimos la transmisión para entregar lamentables informaciones desde el Palacio de Gobierno.... Hace algunos minutos, un grupo de encapuchados ingresó a los salones custodiados de La Moneda e hirió de muerte a importantes personalidades ligadas a la institucionalidad del país... Su excelencia, el presidente Sebastián Domínguez-Correa, fue secuestrado... Durante varios minutos, carabineros atacó con disparos y persecuciones por plena Alameda a los delincuentes, hiriendo de gravedad a uno de ellos... Estos delincuentes, algunos disfrazados de carabineros, cumplieron con el rol cotidiano de guardia de Palacio y a eso de las diez de la mañana, ingresaron al salón Independencia e hirieron de muerte al señor vicepresidente de la República, Jorge Bastidas, al presidente de la asociación de Isapres, Juan Carlos Solar, al presidente y creador del sistema de AFP, Elías Vergara, y al recién asumido presidente del Banco Central, el señor Alberto Sañul...”.

“Algunos reportes indican que el delincuente herido fue llevado a la Posta Central, otros hablan del hospital del Salvador. Lo cierto es que cayó malherido mientras arrancaba con el resto de los forajidos por la puerta de Morandé 80... No sabemos su nombre...”.

“Las fuerzas activas de Carabineros de Chile, del Ejército, la PDI y la Fuerza Aérea están con el máximo de sus capacidades detrás de estos delincuentes que provocaron este descalabro político del que no se tenía registro en este país desde los días de O’Higgins y la rebeldía imperante de ese momento”.

“En un país tan polarizado como Chile, es de vital importancia mantener la democracia que tanto costó construir tras los días negros de la dictadura”... “Este golpe de Estado es un batatazo a los que creían que Chile estaba construyendo una democracia sólida basada en los ideales de un país liberal e inclusivo”.

“Actualmente el país se encuentra en shock y en caos”... “Llegan reportes de barricadas en sectores aledaños al barrio de Estación Central, Villa Francia, algunos sectores de Maipú, San Bernardo y Pudahuel. Si usted está presenciando

algún hecho similar en su barrio, por favor, mándennos toda la información por nuestras redes sociales”.

“¡Impacto! Chile vuelve a sufrir un golpe de Estado cuarenta y cinco años después del realizado por Augusto Pinochet, al gobierno socialista liderado por el presidente Salvador Allende”.

“Una de las economías más sólidas y preponderantes de la región se ve envuelta en una nueva etapa de incertidumbre, con la caída estrepitosa de acciones en la bolsa de valores”.

“Una vez más se escucha el llamado casi desesperado de Latinoamérica al mundo diciendo que no se están haciendo las cosas bien en esta parte del planeta”.

“Ahora tenemos en el estudio a la periodista Daniela Venegas, quién nos va a hablar sobre quienes son estos delinquentes que realizaron este sorpresivo golpe de Estado el día de hoy”.

—Si nos ponemos a analizar el por qué de estos actos, las personas que fueron atacadas y el lugar escogido, no suena descabellado que un grupo de chilenos se haya preparado viendo la situación actual del país. Es repudiable la violencia con la que actuaron, pero también es un mensaje. Las encuestas son claras. El gobierno del actual presidente Sebastián Domínguez-Correa, solo cuenta con un 7% de aprobación de la población. Eso sumado al descontento con el actual régimen político imperante, la ineficiencia en resolver problemas latentes como la delincuencia, el desempleo y la educación... y todo eso sumado al manejo demostrado por los empresarios. Alzas en el precio de los planes de salud, por dar un ejemplo. Si me preguntan a mí, el hecho que vimos hoy día es casi justificable —un silencio un tanto incómodo cierra la frase—. Usted, hombre o mujer de este país, ¿está contento con el camino que está tomando su patria? —otro silencio—. Lo que llama la atención es el modo de actuar de esta banda. Su *modus operandi*. Sin discreción, a plena luz del día, con explosivos elaborados artesanalmente. Da la impresión que no les importara nada. Si son atrapados o no es un detalle en su plan. Eso queda demostrado en que el grupo, en plena huida, no se detuvo a recoger a uno de sus integrantes caídos. Aparte, portaban ropas características de una banda profesional de elite. Hace algunos minutos, un cazanoticias

(@elquehablaxhablar) subió a su Twitter una foto del delincuente herido, tirado en plena calle Morandé.... A ver si podemos ver la imagen... Si, ahí está... Luce una chaqueta bastante particular... Con un estilo antiguo, republicano, con botones dorados como los que usaran los primeros libertadores de este país... Yo no dejaría ese detalle al azar. Infiltrarse en La Moneda, matar al vicepresidente y a toda la plana de ejecutivos y líderes empresariales que estaban en el lugar no era solo el mensaje, porque se podrían haber vestido como quisieran... Eso da a entender que esto no termina aquí...

La conductora de noticias sudaba. Hizo una seña con la mano a la periodista para que detuviera su análisis, mientras escuchaba el bombardeo de información que le caía por el sonoprompter del oído.

—Lamento interrumpirte, Dani, pero nos ha llegado información acerca del delincuente herido. Su grupo delictual en la huida lo llamó: O'Higgins.

## Tomo 3

—¡Lucho, Lucho, por favor, despierta! —la mujer se agitaba desesperada en la cama.

Luis González dormía plácidamente en su cama, la misma cama de siempre que compró con alguno de sus ahorros en la época de bonanza laboral. Trabajaba hace treinta años en su propia verdulería en la esquina de Mapocho con Neptuno, en plena comuna de Quinta Normal.

Él, criado a la antigua, no era un hombre de cambios. Hijo único, se casó con la primera mujer que creyó conocer lo suficiente cuando apenas tenía diecinueve años. Sus primeros trabajos fueron manejando buses interurbanos Santiago-Los Vilos, seis días a la semana. Después manejó camiones repartidores de bebidas en el barrio centro de Santiago, plena década de los sesenta, cuando la capital era una ciudad amigable y a la vez extraña, llena de lugares por explorar, pero a la vez ya explorados. Luis González podía decir a ciencia cierta que no conocía nada. Y tampoco sabía mucho. Sus padres, de escasos recursos, quisieron darle buena educación, pero su hijo no salió bueno con el lápiz y menos con la memoria. Sus días en la escuela se basaban principalmente en caminar por el patio, armando un plan para escaparse con sus amigos a la tienda de dulces de la esquina y, después, Dios sabe dónde. Los profesores se dieron cuenta de eso de inmediato y lo pusieron a la fuerza en un programa de refuerzo de contenidos, en esos años dominado por la SIP (Sociedad de Instrucción Primaria). Fallaron. Luis González solo era bueno armando planes, ingeniándose las, buscando respuestas, y generando con su ingenio soluciones a los problemas que llegaban en esos tiempos con la llamada globalización.

Sus primeros años de matrimonio fueron los mejores. Con Nancy, su mujer de siempre, tenían una situación económica regular, pero poseían el mejor remedio. Estaban juntos. Hoy, la situación había cambiado. Ambos jubilados, subsistían con las miserables monedas que les llegaban a fin de mes. Pesos que se iban como el agua entre los dedos, en remedios para los achaques de viejos y el transporte para conseguir esos remedios. Si hubieran sabido que la vida sería tan cara y desgraciada, hubieran emprendido ese viaje que siempre soñaron y nunca hicieron. El banco les retenía sus ahorros



por deudas impagas, por créditos no pagados, pedidos para pagar otros créditos, que a su vez fueron dados bajo las mejores a la tercera edad que llegaron con bombos y platillos con la vuelta a la democracia. Esa que les prometió todo y no les entregó nada. En dictadura no vivieron mucho mejor. Es más, miraban con cierto recelo la odiosidad en la que se estaba moviendo el país, ese país construido con muerte por pensar distinto, con golpes y corriente por alzar la voz, llantos cargados de silencio cuando la noche llegaba, tan implacable como siempre.

Varios fugitivos de la dictadura se escondieron en la verdulería de Mapocho. El nuevo negocio de la familia González. Ahí, Luis y Nancy acogieron a cada persona que buscaba donde pasar la noche, huyendo de las balas de odio de los nuevos enemigos del país, los militares. En ese momento, Luis González agradeció su mala memoria. Nunca pudo aprenderse su RUT. Por eso nunca hubo registro de él, los militares ni sabían que existía y que desarrollaba una vida normal. Un poco normal.

En pleno 2025, su gran tesoro era su hijo Marco. Estudiante de ingeniería, Marco era lo opuesto a su padre. Estudioso y memorioso.

—¡Lucho, Lucho, por favor, despierta! —la mujer se agitaba desesperada en la cama.

—¡Qué pasa, Nancy! —el hombre despertó con los gritos y el movimiento del remezón. Eran las 4:37 de la mañana.

—Mira la hora que es y el Marco aún no llega.

—¿Lo llamaste? —aún no abandonaba sus ganas de dormir.

—No contesta y eso está mal porque siempre contesta.

—Duérmete entonces, ya llamará.

La mujer sabía que algo andaba mal. Lo sabía. Es ese instinto de madre que nunca falla. Que podrán pasar los años, siglos, milenios y los libros de ciencias y comportamiento humano seguirán sin demostrar. Nancy se sentó en la cama, esperando algo, cualquier cosa. Algo había que esperar. Minutos más tarde sonó el timbre. Nancy salió corriendo a abrir la puerta.

Era Carabineros de Chile.

—Buenas noches, señora —dijo el cabo, solemne—. ¿Usted es Nancy, la mamá de Marco González?

—Si... no me diga que... —en cosa de segundos, la mujer se puso a llorar desconsolada. Su marido aparecía detrás.

—¿Qué pasó? ¡Díganos por favor! —exclamó don Luis, nervioso.

—Señor, lamento comunicarle que su hijo murió atropellado hace algunos minutos atrás...

—¡Nooooooooooooooooooooo! —el grito de la mujer despertó a toda la cuadra, la comuna, y al alma cansada de ella y su marido. Luis se quedó sin palabras. No supo qué decir. Sus ojos acusaron la señal inequívoca del lamento.

—Es terrible, lo sé... pero también debo decirles que con la rapidez de nuestra institución capturamos al culpable. Es hijo de un senador de la república —el cabo se quedó en silencio unos segundos—. No dude que todo el poder de la justicia caerá sobre él, señor. No lo dude.

## Tomo 4

—¡Arranquemos! ¡Vienen los pacos, los ratis, todo el mundo! —gritó Carrera desde el otro lado del salón Independencia con el cuerpo desmayado del Presidente de la República.

—¡Cálmate, hueón! ¡Cálmate por la cresta! —gritó O'Higgins con fuerza—. Paula, Balmaceda, tú y tu hermanito saldrán con el cuerpo de este hueón tal como teníamos planeado. Portales y yo nos quedaremos dando una vuelta.

La que denominaban Paula Jaraquemada se horrorizó en el momento.

—¿Y tu creí que esta huea es un parque, hueón? ¿Trajiste un cocaví pa' comértelo en el balcón, acaso? ¡Vo' tai' loco, O'Higgins, pero no te vamos a abandonar! Ni a ti ni a Portales! Ni cagando —el tono de la mujer se alzaba al final de cada oración, marcando poder. Un poder que no tenía.

—Lo que tu vai a hacer, es meter a ese hueón —señalando al Presidente—, dentro de la puta furgoneta que está afuera y llevártelo de esta caldera. Yo veré que hago acá.

Balmaceda miró a los hermanos Carrera y les señaló la puerta. Los tres caminaron rápidamente mirando también a Paula, que no entendía qué cresta estaba pasando.

—Con más muertos no lograrás revivir a tu hijo, O'Higgins, y lo sabes muy bien.

Paula salió corriendo detrás de los otros tres. Portales se sentó como peso muerto en una de las sillas con sangre que quedaban en pie en el salón. Los pasos de los policías se escuchaban más fuerte. De un momento a otro se dejarían caer sobre ellos.

—Y ahora —preguntó desolado Portales—, tú sabes que nunca aprendí a disparar. Lo mío en este grupo es el conocimiento, no disparar una puta pistola —continuó hablando mientras se acomodaba los lentes—, y racionalmente te puedo decir que debemos huir todos juntos.

O'Higgins sonrió.

—Lo sé, pero en toda revolución hay caídos querido amigo. Nunca podríamos arrancar juntos desde aquí, el Palacio Presidencial. Es utópico como esta misma revolución. Así que tú me entregarás...

Las últimas palabras calaron hondo en Portales. El delgado hombre se paró de su asiento no entendiendo nada.

—Mira, en la silla de al lado hay un bolso. Ábrelo —O'Higgins le indicó el bolso con el índice de la mano derecha—, ahí está el traje de capitán de carabineros que tanto me costó conseguir —los ojos de huevo frito de Portales iban en aumento—; con ese traje puesto nadie te discutirá nada, estos hueones son tontos hasta pa' eso. En la huida me vai a tener que disparar, ojalá en una de las piernas...

—¡Esto es una broma! —Portales nunca en su vida había disparado un arma.

—No, y confío que no me pegarás un balazo en la cabeza. ¡Ahora apúrate!

O'Higgins tomó el revolver que aún guardaba en su chaqueta con botones dorados, se dirigió a la puerta y repelió con una breve ráfaga a los consternados policías que subían a toda prisa las escaleras del antiguo edificio de Gobierno. Al cargar más balas en su revólver, vio que el uniforme a Portales le sentaba jodidamente bien.

—¡Mírate hombre! ¡Un verdadero militar! —dijo O'Higgins mientras metía la última bala en su pistola— Sabía que tu estampa era la que necesitaba. ¡El resto de nosotros somos puros petizos negros que, como buena institución castrense, necesita un tipo con tus rasgos de capitán! —una sosegada pero nerviosa risa cerró la frase—. ¡Este será el mejor capitán que tendrán los pacos! ¡Ahora sígueme!

Ambos empezaron a correr por el estrecho pasillo oeste del salón Independencia donde, minutos antes, el resto de "Los Nuevos Húsares" arrancara junto al cuerpo inconsciente del Presidente de la República. El Ejército no tardó en cercar La Moneda.

En las cuatros esquinas del histórico edificio, unos nerviosos militares corrían de un lado a otro custodiados por relucientes tanques de guerra adquiridos bajo la nueva administración. Es que Sebastián Domínguez-Correa, junto a su arribo como Presidente, trajo una serie de nuevas políticas, regímenes y estatutos que removieron el panorama político. Carabineros de Chile, el Ejército y la PDI tendrían plena libertad para detener, registrar, ingresar e incluso retener a presuntos sospechosos, ya sea de actos vandálicos, delincuencia u otras acciones que interfieran la tranquilidad pública.

Los estudiantes dieron el primer llamado de alerta a inicios del nuevo milenio con la llamada “revolución pingüina”. Familias enteras endeudándose para pagar una educación universitaria con un nivel que deja mucho que desear. El Gobierno de turno, como siempre nivelando hacia abajo, en vez de escuchar el pedido popular hecho a través de las marchas, instó a las tropas castrenses a actuar con el rigor de la ley. Obvio. Los encapuchados tomaron esto como una guerra personal. Ellos son personas llenas de ira que ven como unos pocos se enriquecen y se benefician del trabajo y sacrificio de muchos. Los llamados “ladrones de cuello y corbata” como cada humorista en el festival de Viña del Mar no se cansa de llamarlos.

Aquellos mismos carabineros y militares esa mañana en La Moneda no sabían muy bien qué estaba pasando. Las primeras informaciones detallaban un tiroteo en el segundo piso del edificio, lugar donde se estaba desarrollando una importante reunión, con el Presidente y el vicepresidente incluidos. Luego, tras el pasar de los minutos, se supo que un grupo de seis individuos entraron armados y con pasamontañas al Palacio.

Ahora dos de ellos estaban corriendo literalmente por sus vidas. Uno con su chaqueta negra con botones dorados aún puesta y el otro con una tenida de Carabineros.

—¡Estamos llegando, Portales! —gritaba corriendo O’Higgins hacia atrás.

El patio de los naranjos estaba cercado por un grupo de carabineros parapetados que no dudaron en disparar apenas vieron la sombra de O’Higgins. Él, junto a Portales, retrocedieron y siguieron corriendo ahora por uno de los angostos pasillos nuevos del Palacio, reconstruidos en la década del noventa tras el anterior golpe de Estado.

—¡A la izquierda, acá! ¡Izquierda, izquierda! —gritaba Portales desesperado mientras la perchera de medallas del uniforme sonaba con cada salto.

La puerta de Morandé 80 estaba a la vista. El histórico lugar que sirvió para la retirada de los funcionarios de gobierno tras el golpe de Pinochet y para el retiro del cuerpo de Salvador Allende, ahora era la puerta de escape de Portales y O’Higgins.

—¡Ahora, Portales, hueón! ¡Dispara la puta arma! —O'Higgins seguía alejándose, ahora trotando, por calle Morandé rumbo a la Alameda para que el tiro fuese más fácil.

La mano de Portales tiritaba como la de un niño asustado. Unos segundos de duda y sonó el primer disparo. No dio en el cuerpo de O'Higgins. El segundo y el tercero, sí. Uno dio en la pantorrilla izquierda del veterano hombre. El otro se alojó en la espalda a la altura del hombro derecho. El cuerpo de O'Higgins cayó en plena calle Morandé bajo la mirada atenta de algunos carabineros que desviaban el tránsito del lugar.

—¡Por la cresta, O'Higgins, hueón! —Portales puteaba al cielo mientras veía la sangre de O'Higgins en el piso—. ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó Portales hacia atrás, mientras veía como se acercaban una decena de carabineros—. ¡Está herido! —dudó unos segundos y continuó seguro—. ¡Arréstenlo y denle asistencia médica! ¡Qué no muera ese infeliz!

Los carabineros pasaron por su lado sin siquiera percatarse quién era el que estaba dando las órdenes. Uno, un hombre joven de no más de veinte años, le quitó la pistola de la mano a O'Higgins y gritó:

—¡Sí capitán, está herido, pero vive!

O'Higgins dio vuelta la cabeza mirando hacia Portales, le esbozó una sonrisa y dijo muy pero muy sutilmente:

—Claro que estoy vivo. Esta revolución no debe morir.

## Tomo 5

El segundo piso de la residencia familiar de los presidentes en la Casa Blanca estaba más tranquilo de lo habitual. Cinco o seis personas daban vueltas con bandejas de comidas, otras con trajes o simplemente viendo que el piso estuviera reluciente como siempre.

Como norma, todo presidente debe vivir en la Casa Blanca, por último un período de tiempo de su mandato. Obvio. Un hombre de su importancia debe vivir más seguro en un lugar tan resguardado como ese, aunque también sirve para que los servicios de inteligencia sepan sus reales movimientos.

Ese día, el recién asumido nuevo presidente, Donald Jefferson, estaba recostado en uno de los largos y cómodos sillones ovales que anteceden a la entrada de la recámara principal. En sus manos sostenía un antiguo informe sobre la economía del país en la década pasada. Un presidente tan absorto en el ámbito económico debía saber cómo fue manejado el país en ese tema.

De repente, alguien golpeó una de las grandes puertas de madera tallada que daba acceso a la habitación. Sin esperar respuesta, un agente del Gobierno entró.

—Señor presidente —se notaba algo agitado en su tono de voz—, tiene que leer esto —acercó al Presidente una carpeta negra muy delgada.

El presidente de EE.UU. tomó la carpeta sin siquiera mirarlo y sacó el documento que estaba en su interior. Una hoja casi en blanco, salvó por un par de frases escritas con cierto apuro.

—¿Quién escribió esto? —preguntó el presidente aún sin mirar al joven.

—Uno de los agentes que tenemos en ese país —respondió el tipo nervioso mirando el piso.

—Estas mierdas inferiores ya no saben qué hacer —Donald Jefferson se levantó molesto de su cómodo sillón y releyó el papel—. “Golpe de Estado en Chile. No militar. Sin antecedentes. Hay un hombre capturado”. ¡Mierdaaaaa! —gritó mientras golpeaba la mesa—. ¿Y esta vez no fuimos nosotros, cierto? —preguntó con un toque de duda.

—No, señor —respondió rápido el agente—. Tras la noticia el continente se agitó como un panal. Movimientos ciudadanos en Argentina, Bolivia y Brasil buscan lo mismo y tanto usted como yo sabemos que eso a nuestro país no le conviene.

—¡Claro que lo sé, idiota! —dijo el presidente irritado—. ¿Cuántos agentes encubiertos tenemos en Chile?

—En estos momentos, tres. El anterior Gobierno redujo el número.

—Actívalos. Quiero a los responsables. Latinoamérica debe seguir estando en silencio. Las cucarachas nunca han hablado, ¿o sí?

—No, señor.

—Activa también a los agentes de esos países de mierda que mencionaste. No permitiremos ninguna puta revuelta. Que las ovejas sigan pastando.



## Tomo 6

La noticia había pasado hace solo algunos minutos y cientos de miles de personas se congregaban en la plaza de la Constitución del palacio de La Moneda esperando algo, algo que no sabían muy bien qué era. Los medios de comunicación difundieron la información del Golpe de Estado como agua en un río y ahora, minutos más tarde, era imposible que existiera algún ciudadano chileno que no supiera lo que estaba pasando. Aunque viviera a miles y miles de kilómetros de la civilización. Un grupo de enmascarados irrumpió en plena reunión presidencial, mató al vicepresidente y asesores, raptó al presidente y destruyó desde sus cimientos el edificio Costanera Center. No era para menos.

Las personas que se venían uniendo a la multitudinaria reunión en la plaza de la Constitución, conversaban en silencio queriendo saber algún otro detalle omitido por los medios. A lo lejos, se escuchaban gritos de apoyo.

*“¡ya van a ver, ya van a ver,  
como el pueblo se tomará el poder!”*

Carabineros de Chile instalaba vallas papales para contener a la gente que lentamente, empezaba a aumentar en número y violencia. Es que durante años, el país entero había estado contenido. Los precios de los alimentos básicos se incrementaban día a día y los sueldos de los trabajadores se mantenían estancados en el olvido. El Gobierno, a la par con el empresariado, poco y nada hacían. Veían las manifestaciones sociales como un movimiento aislado, separado de la opinión nacional sin pensar que la vida de los trabajadores se estaba vulnerando día a día, minuto a minuto. El tema es que, ¿Cuándo los grupos políticos existentes en esta sociedad habían pensado en eso?

Minutos habían pasado desde el golpe de Estado y todos los medios hablaban de eso. Políticos de derecha, izquierda, economistas y cientistas deambulaban por los medios dando opiniones al viento. El país estaba ahora en las calles. Exigiendo que se escuchará de una vez por todas la voz del hombre y la mujer común, el que carga la Bip y ve como el resto se sube sin pagar, el que espera una jubilación nefasta y horas en la salud pública. No solo los autoproclamados “Nuevos

Húsares” estaban aburridos, sino que toda la sociedad también lo estaba. Y ese hecho en La Moneda los despertó del letargo.

Miles y miles ya se congregaban en la Alameda con pancartas, ollas o con la garganta al sol. El Ejército se desplegaba rápidamente y los Carabineros hacían uso de la fuerza entrenada para controlar el movimiento de la población. La Moneda estaba cercada. Nadie podía entrar ni salir del edificio más importante del país. Nadie. Ni siquiera ministros y cualquier tipo de funcionarios conectados con el Gobierno.

Los medios no tardaron en calificar esta marcha popular como la congregación masiva más grande de la historia de Chile. Cientos de miles marchaban desde Estación Central hasta pasado Plaza Italia. Todos bajo una misma voz. Apoyo absoluto al movimiento perpetrado en La Moneda minutos atrás. A lo mejor, no apoyando la violencia pero sí la decisión, el coraje, y la actitud de poner fin a años y años de un pueblo oprimido y de silencios.

*“¡ya van a ver, ya van a ver,  
como el pueblo se tomará el poder!”*

El grito se hacía cada vez más fuerte a medida que más personas iban llegando a La Moneda. Mientras, el Servicio Médico Legal sacaba los restos de los funcionarios fallecidos, la gente pasaba gritando a viva voz. Carabineros rodeaba el lugar con carros lanza—aguas y zorrillos.

*“¡ya van a ver, ya van a ver,  
como el pueblo se tomará el poder!”*

Minuto a minuto el grito se hacía ensordecedor. A medida que pasaban por el frontis del Palacio, la multitud movía las vallas y gritaba consignas contra el Gobierno y la clase política en general. Los Carabineros, ya algo nerviosos, se movían y veían como la caravana interminable pasada frente a sus ojos.

*“¡ya van a ver, ya van a ver,  
como el pueblo se tomará el poder!”*

Las vallas papales iban cediendo cada vez más. Ya a esta altura, millones de chilenos se movían hacia el Palacio queriendo entrar, queriendo estar ahí. De repente, una de las vallas cayó por la presión y una turba gigantesca de personas se abalanzó contra el edificio histórico.

—¡Contengan! ¡Contengan pero no disparen! ¡No disparen! —gritó un alto oficial de Carabineros mientras veía cómo las vallas papales iban cayendo una a una.

De a poco, civiles chilenos se escabullían entre los escudos militares y seguían avanzando en su afán por entrar al Palacio. Cientos y cientos seguían empujando. Un par logró ingresar a La Moneda pero fueron rápidamente detenidos por personal del Ejército. Mientras tanto, se veían helicópteros rodeando el lugar. Uno de ellos, un helicóptero de Carabineros de Chile tenía un altoparlante:

—Por favor, les rogamos a las personas que están haciendo uso de la fuerza para ingresar al Palacio de La Moneda, desistir de sus intentos. NO SIGAN EMPUJANDO. REPITO. NO SIGAN EMPUJANDO. Sino, nos veremos obligados a actuar.

Abajo, el pueblo pifiaba, reía y hacía caso omiso al aviso policial. La fuerza de la turba era cada vez más fuerte. En opinión de los propios carabineros, casi insostenible.

Lorena era una más en el montón. Muchacha alta, joven, pelo crespo al viento, era de esas mujeres de armas tomar. Recién salida de la universidad, se vio sometida con uno que otro crédito que a la fuerza tuvo que tomar. ¿Estudiar para vivir o vivir para estudiar? Fue una de las propulsoras de los movimientos estudiantiles universitarios pro educación gratuita y estuvo en una de las ‘funas’ masivas al Ministerio de Educación por el CAER. “Ellos deben pensar que todos salimos con pega, y ganando un palo los muy idiotas”

Lorena veía como la multitud pasaba alentando y vitoreando con una energía que, en sus cortos 26 años, no había visto nunca. “Este el momento” —pensó—. “Ahora o nunca”.

Y así comenzó a empujar a los carabineros, empujar, empujar y empujar mientras veía que las Fuerzas Armadas se limitaban a replegarse y contener los golpes de los ahora cientos de furiosos manifestantes. Más y más se sumaban a la fuerza. La fuerza de miles es mayor a la fuerza de cientos. “¡Vamos! Queda poco”, pensaba.

Los helicópteros seguían dando vueltas en el perímetro, mientras los equipos periodísticos se desplegaban por el lugar. La Plaza de la Constitución era en esos momentos el centro de la noticia.

La masa de gente estaba empujando a las Fuerzas Armadas en su afán de entrar al Palacio de la Moneda. ¡Y paf!

Una de las barreras de Carabineros cayó, y una turba enardecida corrió a la puerta trasera del edificio de Gobierno. El comandante del Ejército desplegado en el lugar, vio el gigantesco grupo de gente venir y efectuó disparos al cielo. La gente comenzó a correr despavorida. Algunos se alejaban de La Moneda y otros continuaban con su convicción de entrar. Lorena y otros más lograron burlar a los carabineros colocados en la puerta y subieron al segundo piso.

—¡Muchachos! No sé qué mierda estamos haciendo acá, pero estamos acá así que esto —dijo señalando el lugar donde estaban—, debe ser nuestro.

El grupo gritó consignas al viento y se echó a correr. Mientras corría junto a ellos, Lorena vio a un Carabinero que miraba a todos lados y huía lejos del Palacio por la calle Moneda hacia el oeste. La quedó mirando mientras corría con todas sus fuerzas. Se sacó su gorra y la tiró arriba de un kiosco que a esas alturas ya estaba cerrado.

Dentro del Palacio de La Moneda, varios fueron detenidos por los últimos carabineros. Mientras eran llevados a los carros policiales, algunos se soltaban y huían en sentido contrario ayudando aún más a fomentar el caos. Mientras tanto, en el segundo piso no había nadie. Solo personal del Servicio Médico Legal trabajando en el lugar. Algunos agentes de la PDI apuntaban con sus armas a los manifestantes pero no disparaban. No tenían la orden. Desde el cielo caían bombas lacrimógenas, lo que generó que algunos cayeran al piso ahogados sin poder respirar. Una penetrante ola de humo inundó el lugar. La visibilidad disminuía segundo a segundo mientras algunos valientes seguían corriendo sin rumbo alguno. Lorena era una de ellas.

—Tenemos que darle un mensaje al país, muchachos, un mensaje claro. Y ya sé como lo podríamos dar —gritó hacia atrás sin saber si alguien la estaba escuchando o no.

Entró a una de las dependencias del segundo piso que eran parte del ministro del Interior. Una pequeña pero iluminada sala se encontraba frente a ella. Murallas blancas con pequeños cuadros y una gran biblioteca al costado de la puerta eran las primeras impresiones. Al fondo, había un pequeño escritorio con unos cuantos papeles tirados encima.

“Por aquí debe estar... por aquí”, pensó. Abría cajones buscando pero no encontraba nada. Los papeles tirados encima parecían sin importancia, así que ni se detuvo a mirarlos. Mientras, afuera se escuchaban caer más bombas de humo y gritos de carabineros mientras entraba el carro lanza-aguas. La ventana de la sala mostraba como una nube de humo se iba dispersando a medida que el carro lanza-aguas tiraba su potente chorro. Miles y miles de manifestantes corrían des-pavoridos del palacio de Gobierno mientras otros caían al piso sin poder respirar o por lo resbaloso del lugar. El caos ya estaba instalado.

Lorena salió de la habitación y entró a la siguiente. Esta tenía la misma distribución de la habitación anterior, pero al lado de la ventana tenía una pequeña mesa de servicio. Allí estaba depositado el tomo original de la actual Constitución firmada por Augusto Pinochet, el presidente de la época. “¡Bien mierda, la tengo!”. Agarró el pesado libro lleno de polvo y empujó la ventana hacia fuera. La plaza de la Constitución parecía un campo de guerra. Humo, personas corriendo y gigantescos carros blindados moviéndose para todos lados. Vio también que en una de las esquinas de la Plaza, cerca de Nataniel Cox, estaba apostado un móvil de un canal de televisión. “Perfecto, este mensaje llegará a todo el país”.

Abrió de par en par la vieja ventana de la habitación y, aguantando la respiración, sacó el libro hacia fuera y comenzó a romperlo con todas sus fuerzas. Los pedazos de la Constitución vigente caían personas, árboles, carros blindados, kioscos, algunas iban a parar a los edificios contiguos, etc.

Una a una, Lorena iba arrebatando las hojas y tirándolas al viento. “El futuro comienza ahora”, pensó. “Ahora tengo que averiguar quiénes fueron los que partieron con esto... y ayudarlos”.

## Tomo 7

—**H**ola, mucho guzto. Soy Pedro —saludó amablemente un hombre mientras hacía entrada a la mítica fuente de soda “El rincón de los canallas”.

—Mucho gusto, Pedro. ¿Siempre tienes ese seseo al hablar? —preguntó otro hombre mientras cerraba la frase con una sonrisa.

—Zi —risa nerviosa—, ez lo único que me dejó mi viejo.

—¡Já! —rio el otro hombre—. Bienvenido. Soy Luis. Siéntate por acá en algunas de estas sillas. ¡Vamos! Ponte cómodo.

—Graziaz.

Mientras Pedro se sentaba, se dedicó a observar el lugar. No podía creer que esa fuente de soda, tan llena de gente durante el día y tan conocida por la ciudadanía, fuera el punto de reunión de la banda. Ahora ya no había familias, ni arrollados de huaso recién servidos. Ahora había seis hombres dispuestos a dar la vida por un nuevo país. O esa era la idea. Es que recién se están conociendo.

—¡Señores! —dijo Luis parándose de la mesa donde estaba sentado—. Ya habrá tiempo para conocerlos. Primero quiero dar las gracias a Cárdenas —señalando a un hombre joven y flaco con llamativos tatuajes en su cuerpo—, por tan bella gestión. ¡Todos están acá por algo! Así que fue relativamente fácil encontrarlos. La verdad es que las redes sociales hacen lo suyo y por ahí los estuvimos viendo, analizando.

Algunos se miraban, otros no paraban de fumar o mirar fijamente al dueño de las palabras.

—La otra verdad es que este país no puede seguir viviendo así. Me imagino que todos estamos de acuerdo en eso. La situación económica y política de nuestra querida tierra no da para más y es momento de que el pueblo haga algo, se alce con toda su fuerza, y es por eso que estamos nosotros acá. Los seis que estamos aquí presentes tenemos la tarea de construir un nuevo Chile, esa frase ultra repetida en cada político de este país, nosotros la haremos realidad.

Fuertes vítores retumbaron desde el interior del local. Silbidos, aplausos y gritos se hicieron escuchar a viva voz con la fuerza de ese león oprimido que estuvo enjaulado tanto tiempo. Uno de los hombres esperó que los gritos paulatinamente cesaran y preguntó:

—Está claro entonces que no debemos usar nuestras identidades.

—Eso es lógico —respondió el hombre que Luis había llamado como Cárdenas, segundos atrás.

—Sí —confirmó Luis—. Ustedes solo conocen nuestros nombres de pila, pero desde ahora esas identidades no existirán, quedarán en el olvido. Si quieren ser parte de este grupo deben borrar todo registro de su vida anterior. Cuentas bancarias, perfiles en redes sociales, partidos políticos y qué sé yo dónde más habrán puestos a ojos de todos sus identidades. Los antiguos próceres patrios hicieron mucho por este país. Mucho. Por eso a ellos no les gustaría ver la situación actual donde nos encontramos. Toda esta desigualdad. Toda esta mierda. Así como nuestro querido revolucionario Manuel Rodríguez formó los “Húsares de la muerte”, nosotros seguiremos esa escuela, y liberaremos al país de esta constante opresión. ¡Este país necesita NUEVOS HÚSARES y eso seremos! —cerró Luis bajo los aplausos de los presentes—. Cárdenas se dedicó a observarlos y reclutarlos. Él les entregará un sobre con su nueva identidad solo para fines de este grupo. Afuera de esta puerta ustedes pueden seguir siendo quienes quieran, pero desde el minuto uno, ustedes se conocerán bajo estos nombres, estos apodos. Cárdenas, por favor —con la mano izquierda O’Higgins le dio el pase al flaco para que hiciera lo suyo.

Cárdenas no dudó un segundo. Se paró velozmente de su silla y de su abrigo sacó unos pequeños sobres blancos con unos nombres anotados afuera y los fue entregando uno a uno a los asistentes.

—Muchachos, aquí están sus nombres códigos. Úsenlos con extrema precaución. Mi querido amigo Luis acá presente —apuntando al dueño de las palabras anteriores—, creo que se merece el apodo de O’Higgins, ¡líder de esta rebelión!

—Pero si O’Higgins era un dictador —rugió riendo Luis desde atrás.

—Eso a los ojos de la historia y de los libros. A los ojos del pueblo, es el padre de la patria. Y eso serás para el grupo.

Los dos se cruzaron en un caluroso y fraterno abrazo. Abrazo de amigos. Abrazo de camaradas.

—Y tú para nosotros serás el líder guerrero por excelencia. Ese que se escabullé y logra lo que quiere. Como quisiste